

CAPÍTULO 54

En otoño, a finales del año 1951, el estado de mi madre empeoró de nuevo. Las migrañas volvieron, y con ellas también el insomnio. Otra vez se pasaba los días en la silla, junto a la ventana, contando los pájaros o las nubes. También por las noches, seguía sentada en aquella silla con los ojos abiertos.

Mi padre y yo nos repartíamos las tareas de la casa. Yo pelaba hortalizas y él hacía la ensalada. Él cortaba el pan y yo untaba margarina y queso o margarina y mermelada. Yo barría, fregaba el suelo y limpiaba el polvo con un paño, y mi padre tiraba la basura y traía, cada dos o tres días, un tercio de bloque de hielo para el congelador. Yo iba a comprar al almacén y a la frutería, y mi padre se responsabilizaba de ir a la carnicería y a la farmacia. Cada uno, de su puño y letra, añadía lo que se necesitaba a la lista de las compras, que se hacía en una de las fichas del escritorio de mi padre, una ficha que colgábamos de un pequeño clavo sobre la alacena de la cocina y en la que íbamos tachando lo que ya habíamos comprado. Todas las semanas, al final de Shabat, poníamos una ficha nueva con la lista de las compras:

Tomates. Pepinos. Cebollas. Patatas. Rábanos.

Pan. Huevos. Queso. Mermelada. Azúcar.

Comprobar si ya hay clementinas y cuándo empiezan las naranjas.

Fósforos. Aceite. Velas para cuando se vaya la luz.

Detergente para fregar. Detergente para lavar la ropa. Dentífrico Shenhav. Kerosene.

Una bombilla de 40 vatios. Arreglar la plancha. Pilas.

Una goma nueva para la canilla del lavatorio. Y vigilar esa canilla porque no cierra bien.

Yogur. Margarina. Aceitunas.

Comprarle a mamá unas medias cancán de lana.

Por aquellos días, mi letra se fue volviendo cada vez más parecida a la de mi padre, hasta tal punto que no se podía distinguir cuál de los dos había anotado «kerosene» y quién había añadido a la lista «urge un trapo de piso nuevo». Hasta hoy mi letra recuerda a la de mi padre, una letra enérgica, no siempre legible pero

siempre decidida y puntiaguda, que testimonia un fuerte trazo: muy alejada de las letras tranquilas y redondas como perlas de mi madre, ligeramente inclinadas hacia atrás, precisas y agradables a la vista, escritas con mano suave, disciplinada, unas letras perfectas y armónicas como sus dientes.

Estábamos muy unidos en aquella época, mi padre y yo: como dos camilleros que transportan juntos por una empinada cuesta a su paciente herida. Le llevábamos un vaso de agua y vigilábamos que se tomase a su hora los calmantes que le habían recetado dos médicos distintos: también para eso teníamos una ficha de papá en la que anotábamos los nombres de los medicamentos y las horas para cada uno de ellos, y marcábamos una pequeña ve junto al medicamento que tomaba, y una equis junto al que mi madre se había negado a tragar o que se había tomado pero había vomitado. Normalmente obedecía y se los tomaba aunque le dieran arcadas. A veces se esforzaba por regalarnos una ligera sonrisa, que era más dolorosa aún que su palidez y que las medialunas oscuras en torno a sus ojos, pues era una sonrisa vacía. Como si se produjera sin ella. Y en ocasiones nos indicaba que inclinásemos la cabeza y nos acariciaba a los dos en un mismo movimiento, circular. Nos acariciaba durante mucho tiempo. Hasta que mi padre le tomaba la mano con dulzura y se la dejaba sobre el pecho. Yo hacía lo mismo.

Cada noche, a la hora de cenar, mi padre y yo hacíamos en la cocina una especie de reunión diaria de estado mayor, resumíamos los acontecimientos del día y programábamos los del día siguiente. Yo le contaba brevemente cómo había ido el colegio y él me contaba algo de su trabajo en la Biblioteca Nacional, o me esbozaba un nuevo artículo que intentaba terminar a tiempo para el siguiente número de *Tarbitz* o de *Metzudá*.

Charlábamos de política, del asesinato del rey Abdallah, de Begin y de Ben Gurión. Charlábamos de igual a igual. Mi corazón estaba lleno de amor por aquel hombre cansado que acababa diciendo con seriedad:

–Entre nosotros hay aún considerables diferencias de opinión. Por tanto, por ahora cada uno debe quedarse con la suya.

Después discutíamos un poco sobre las cosas de la casa, anotábamos en una de las fichas de papá lo que aún nos quedaba por hacer y tachábamos lo ya hecho.

Hasta sobre los gastos me consultaba mi padre, a veces: Quedan dos semanas para cobrar y ya hemos gastado mucho. Cada tarde me preguntaba cómo llevaba los deberes y yo le mostraba, para que comparara y criticara, la lista de tareas de clase y mis cuadernos con todas esas tareas ya hechas. A veces echaba un vistazo y hacía alguna observación acertada, pues en casi todos los temas sus conocimientos eran mucho más amplios y profundos que los de mis profesores, incluso más amplios y profundos que los de los autores de los libros de texto. Pero por lo general decía:

–No hay necesidad alguna de controlarte. Confío absolutamente en ti.

Un tácito orgullo mezclado con gratitud me inundaba al oír esas palabras. Y a veces también crecía en mí una repentina y gran compasión.

Por él. No por mi madre. De ella no me compadecía por aquella época: sólo era una larga lista de obligaciones e imposiciones cotidianas. Y turbación, vergüenza y tristeza: porque había que explicar, de alguna manera, a los compañeros, por qué nunca podían venir a mi casa, y había que contestar a los vecinos, en el almacén, que me interrogaban amablemente para saber por qué no se la veía nunca, qué le pasaba. Ni siquiera a los tíos y a las tías, ni siquiera al abuelo y a la abuela les habíamos dicho, mi padre y yo, toda la verdad: la habíamos suavizado. Aducíamos una fuerte gripe incluso cuando ya no tenía gripe. Decíamos: migrañas, y también decíamos: una especial sensibilidad a la luz del día. Y a veces decíamos: está muy cansada. Mi padre y yo procurábamos decir la verdad, pero no toda la verdad.

Toda la verdad no la sabíamos. Pero sabíamos, sin necesidad de hablar ni de cotejar nuestras versiones, que no le decíamos a nadie todo lo que sabíamos, sino que le revelábamos al mundo exterior sólo un dato o dos. Nunca hablábamos entre nosotros, mi padre y yo, del estado de mi madre. Hablábamos sólo de las tareas para el día siguiente, del reparto de labores para el mantenimiento de la cotidianidad y de la economía doméstica. Ni una sola vez hablamos de lo que le pasaba, excepto el constante y repetido suspiro de mi padre cuando decía «esos médicos no saben nada. Nada de nada». Tampoco tras su muerte hablamos de eso. Desde el día de la muerte de mi madre hasta el día de la muerte de mi padre, casi veinte años después, no hablamos de ella ni una sola vez. Ni una palabra. Como si no hubiera existido. Como si su vida hubiese sido sólo una página censurada arrancada de una enciclopedia soviética. O como si yo, igual que Atenea, hubiese nacido directamente de la cabeza de Zeus. Era una especie de Jesús al revés: un hombre virgen me había parido

engendrado por un fantasma diáfano. Y cada mañana, con las primeras luces, me despertaba al oír a un pájaro entre las ramas del granado del patio. Ese pájaro recibía la luz del día con las cinco primeras notas de *Para Elisa* de Beethoven: «¡Ti-da-di-da-di!», y una vez más, con más entusiasmo: «¡...da-di-da-dá!». Para mí ese pájaro se llamaba Elisa.

Sentía pena por mi padre en aquella época. Como si fuese la víctima inocente de un tormento prolongado. Como si mi madre actuase cruelmente con él. Estaba muy cansado, y triste, aunque como siempre se esforzase a cada instante en mostrar una infatigable alegría parlanchina. Durante toda su vida odió los silencios y se sentía culpable de cada uno de ellos. Alrededor de sus ojos, como en los de mi madre, aparecieron medialunas negras.

En más de una ocasión dejó su trabajo en la Biblioteca Nacional, a mitad de jornada, para llevarla a hacerse pruebas. Durante aquellos meses le hicieron pruebas de todo: corazón y pulmón, encefalogramas, estómago y hormonas, nervios, enfermedades femeninas y circulación sanguínea. En vano. Mi padre no escatimó en gastos, llamó a distintos médicos, la llevó a especialistas privados, tal vez hasta tuvo que pedir prestado dinero a sus padres aunque detestaba las deudas, y sobre todo, detestaba las grandes ansias de su madre, la abuela Shlomit, «de entrar en escena» y arreglarle su vida matrimonial.

Cada mañana, mi padre se levantaba antes del amanecer para ordenar la cocina, clasificar la ropa sucia, hacer jugo de fruta y servirnoslo templado a mi madre y a mí, para que nos fortaleciésemos un poco, y sacar un poco de tiempo antes de irse a trabajar para contestar apresuradamente a tres o cuatro cartas de editores e investigadores. Después se iba corriendo al autobús, con una bolsa de las compras vacía, doblada dentro de su vieja cartera, para llegar a tiempo al edificio Terra Sancta, a donde se había trasladado la hemeroteca de la Biblioteca Nacional cuando el campus de Har Hatzofim quedó aislado del resto de la ciudad durante la guerra de la Independencia.

A las cinco de la tarde volvía, no sin antes haberse entretenido por el camino en el almacén, en la ferretería o en la farmacia, e iba directamente a ver cómo estaba mi madre, esperando que hubiese dormido un poco durante su ausencia. Con una cucharita intentaba darle un puré de papa o arroz blanco, que él y yo habíamos

aprendido de alguna forma a preparar. Después, cerraba su puerta por dentro y la ayudaba a cambiarse de ropa e intentaba charlar con ella. Tal vez hasta se esforzaba por entretenerla un poco con chistes que había leído en el periódico o que había traído de la biblioteca, y que él llamaba bromas o sátiras. Y antes de que anoheciera, se iba corriendo a comprar, a organizar esto o aquello, no descansaba, se interesaba por los prospectos que acompañaban a las nuevas medicinas e intentaba arrastrar a mi madre a una conversación sobre el futuro de los Balcanes.

Después, venía a mi habitación a ayudarme a cambiar las sábanas o a poner naftalina en el armario de cara al invierno, y mientras tanto canturreaba con unos gorgoritos criminales una canción sentimental. O me arrastraba a una discusión sobre la cuestión de los Balcanes.

Al atardecer, a veces venía la tía Lilienka, la tía Lilia, la tía Lea Kalish Bar Samka, una buena amiga de mi madre, su conciudadana y compañera de clase en la época del instituto Tarbut en Rovno. La que escribió dos libros sobre psicología infantil.

La tía Lilia traía algunas frutas o un pastel de ciruela. Mi padre preparaba té y masitas y sacaba también su tarta de ciruela, y yo ponía delante de las dos, las frutas que ella había traído, lavadas, con platos y cuchillos de postre. Y nos íbamos para dejarlas solas. La tía Lilia se pasaba una o dos horas encerrada con mi madre en la habitación, y cuando salía tenía los ojos rojos. Mientras que mi madre parecía tan tranquila y serena como siempre. Mi padre refrenaba la ligera aversión que le provocaba esa mujer e invitaba a la tía Lilia cortésmente a quedarse a cenar con nosotros. ¿Por qué no? Danos la oportunidad de mimarte un poco. Y Fania seguro que también se alegra. Pero ella siempre se disculpaba, llena de confusión, como si le estuvieran proponiendo tomar parte en un asunto algo indecente: de ninguna manera quería molestar y, además, la estaban esperando en casa y seguro que enseguida empezarían a preocuparse.

A veces venían el abuelo y la abuela, vestidos y engalanados como para una fiesta. La abuela, con zapatos de tacón, un vestido de terciopelo negro y un collar blanco, hacía una ronda por la cocina antes de sentarse. Cuando se sentaba junto a mi madre, repasaba las cajas de medicamentos, inspeccionaba el contenido de los frascos, arrastraba hacia ella a mi padre y le miraba la parte interior del cuello de la

camisa, hacía una mueca de asco después de comprobar el estado de mis uñas. Y comentaba, con pena, que la ciencia ya sabía que la mayoría de las enfermedades, casi todas, se producían por culpa de la mente y no del cuerpo. El abuelo Alexander, sin embargo, simpático y agradable como siempre e imparable como un cachorro jovial, besaba la mano de mi madre y alababa su belleza «hasta en la enfermedad, y con mayor razón cuando te pongas bien del todo, mañana mismo, si no esta misma tarde. ¡Bueno, *shto!* ¡Ya estás floreciendo! ¡Eres encantadora! *Krasavitza*¹¹⁵!».

Por las noches mi padre seguía bien atento a que la luz de mi habitación se apagara exactamente a las nueve. Luego entraba de puntillas en la otra habitación, que era biblioteca, salón, despacho y dormitorio, cubría con un chal de lana los hombros de mi madre, pues el otoño ya estaba a las puertas y las noches empezaban a ser frescas, se sentaba a su lado, le tomaba la mano fría con su mano siempre caliente e intentaba despertarla para charlar al menos un rato. Como el príncipe azul de los cuentos, intentaba mi cansado padre despertar a la bella durmiente. Pero aunque la besara no conseguía despertarla: el hechizo de la manzana no desaparecía. O el beso no era verdadero. O ella, en sus sueños, no esperaba a un charlatán con gafas de intelectual bromeando sin descanso y preocupado por el futuro de los Balcanes, sino a un príncipe completamente distinto.

Se sentaba a su lado a oscuras, porque por aquellos días ella no podía soportar la luz. Cada mañana, cuando él se iba a trabajar y yo al colegio, teníamos que bajar las persianas y correr las cortinas, como si mi madre se hubiese convertido en la desdichada mujer encerrada en el desván de la novela inglesa *Jane Eyre*. A oscuras y en silencio se sentaba mi padre y tomaba sin moverse la mano de mi madre. O tal vez le tomaba las dos manos entre las suyas.

Pero era incapaz de permanecer sin moverse más de tres o cuatro minutos, ni al lado de mi madre enferma ni en ningún otro sitio salvo junto a su escritorio y sus fichas: era un hombre nervioso y activo, todo movimiento, sentimiento, obligaciones y aluviones de palabras.

Cuando ya no podía soportar más la oscuridad y el silencio, mi padre se iba con sus libros y sus montones de fichas a la cocina, se hacía un hueco sobre el hule

¹¹⁵ Preciosa.

de la mesa, se sentaba en un taburete y trabajaba un rato. Enseguida la tiznada celda de la cocina le debilitaba la mano. Por tanto, una o dos veces por semana se levantaba, suspiraba, se cambiaba de ropa, se peinaba, se lavaba bien los dientes, se perfumaba un poco con su loción de afeitar y echaba una ojeada a mi habitación para comprobar si ya había conciliado el sueño (por él me hacía siempre el dormido). Después iba a ver a mi madre, le decía lo que fuese, le prometía lo que fuese, ella seguro que no lo detendría, al contrario, le pasaba la mano por la cabeza y le decía: Vete, Arie, vete a jugar un rato a la calle, no todas están gélidas como yo.

Al salir, con traje, sombrero a lo Humphrey Bogart y balanceando en el brazo un paraguas por si acaso, mi padre pasaba por el patio delante de mi ventana canturreando con unos gorgoritos terroríficos y con un evidente acento ashkenazi: «...y sea tu regazo refugio de mi cabeza/ nido de mis plegarias remotas», o: «tus ojos como dos palomas/ y el soniiido de tu voz campaaanas».

No sabía adónde iba y a pesar de todo lo sabía sin saberlo y a pesar de todo no quería saberlo y a pesar de todo perdonaba a mi padre. Esperaba que le fuese bien allí. No quería bajo ningún concepto imaginar lo que había allí, en aquel «allí» suyo, pero lo que no quería bajo ningún concepto imaginar, me asaltaba por las noches y me confundía y no me dejaba dormir. Tenía doce años. El cuerpo ya empezaba a ser un enemigo despiadado.

A veces pensaba que mi madre, cuando la casa se quedaba vacía por las mañanas, se metía bajo la manta y dormía durante el día. Y a veces se levantaba y paseaba un rato por la casa, siempre descalza, sin que sirviesen para nada las súplicas de mi padre ni las zapatillas que le tendía: iba de un lado a otro por el pasillo que durante la guerra usamos como refugio y que ahora estaba atestado de libros; por el pasillo que, con los grandes mapas en la pared, nos servía a mi padre y a mí de sala de operaciones desde donde dirigíamos la seguridad del país y la defensa del mundo libre.

También durante el día reinaba en ese pasillo una total oscuridad, a menos que se encendiera la luz. En esa oscuridad vagaba mi madre descalza de un lado a otro, con monotonía, una media hora o una hora entera, igual que suelen hacer los presos entre los muros del patio de la cárcel. Y a veces empezaba a cantar, compitiendo con mi padre, pero con muchos menos gorgoritos. Su voz al cantar era

oscura y cálida, como el sabor del vino caliente en una noche de invierno. No cantaba en hebreo sino en un ruso agradable al oído. O en un polaco de ensueño. Una vez o dos, cantó una canción en idish, como conteniendo las lágrimas.

Las noches en que mi padre salía, volvía siempre, tal y como había prometido, algo antes de la medianoche. Yo podía oírlo desnudarse y, en ropa interior, prepararse un té, sentarse en un taburete de la cocina y canturrear en voz baja mientras mojaba una galleta en su té azucarado. Luego se duchaba con agua fría (pues para el agua caliente había que calentar la caldera tres cuartos de hora antes con troncos rociados con un poco de kerosene). Después de ducharse se colaba de puntillas en mi cuarto para comprobar si estaba dormido y taparme bien con la manta. Luego entraba con mucho cuidado en su habitación. A veces los oía hablar en voz baja, a mi madre y a él, hasta que por fin me dormía. Y a veces había allí un silencio sepulcral, como si no hubiese ni un alma.

Mi padre empezó a sospechar que su presencia en la cama de matrimonio podía ser la causa del insomnio de mi madre. Algunas veces insistía en que se acostase en el sofá que por las noches se convertía en cama y él dormiría en la silla de mi madre (cuando yo era pequeño llamábamos a ese sofá «el sofá ladrador», porque al abrirlo parecía las fauces de un perro rabioso). Mi padre le rogaba y le explicaba que así sería mejor para todos, él en la silla y ella en la cama, pues él dormía como un tronco en cualquier sitio, «hasta en una sartén al rojo vivo». Además, dormir en la silla, sabiendo que ella había conciliado el sueño en la cama, sería mil veces más dulce que dormir en la cama sabiendo que ella se pasaba horas y horas despierta en la silla.

Y una vez, poco antes de medianoche, se abrió despacio la puerta de mi habitación y la silueta de mi padre se inclinó sobre mí en la oscuridad. Como siempre, me apresuré a hacerme el dormido. En lugar de taparme bien con la manta, la levantó y se acostó a mi lado. Como entonces. Como había hecho aquella noche del 29 de noviembre tras la votación sobre la creación del Estado, cuando mi mano vio sus lágrimas. Me asusté, y rápidamente apreté las piernas dobladas contra mi vientre para que no se percatase de ninguna manera de lo que me impedía dormir: si se percataba, me moriría en ese mismo instante. Me quedé tan petrificado cuando mi padre se metió de repente bajo mi manta, sentí tanto pánico de ser pillado en una

falta, que pasó un buen rato hasta que de alguna forma me di cuenta, como en una pesadilla, de que la silueta que se había metido en mi cama no era la silueta de mi padre.

Ella nos tapó a los dos por completo, hasta la cabeza, me abrazó por detrás y me susurró: No te despiertes.

Por la mañana ya no estaba. Al día siguiente, volvió a dormir en mi habitación, pero en esa ocasión trajo a rastras uno de los dos colchones del «sofá ladrador» y durmió en el suelo a mis pies. La siguiente noche me empeciné, imitando lo mejor que pude las formas autoritarias y racionales de mi padre, y no cedí, me empeciné en que ella durmiese en la cama y yo en el colchón, a sus pies.

Parecía que los tres estábamos jugando al juego de las sillas. Era como si hubiésemos perfeccionado el juego y nos hubiésemos inventado el juego de las camas. La primera escena, normal: mis padres en la cama de matrimonio y yo en mi cama. Después, en la siguiente escena, mi madre en su silla, mi padre en el sofá y yo como siempre en mi cama. En la tercera escena, mi madre y yo en la cama individual, y mi padre solo en la cama de matrimonio. En la cuarta escena mi padre como siempre, yo otra vez solo en mi cama y mi madre en el colchón a mis pies. Después, el cambio de papeles entre ella y yo, ella sube y yo bajo, y mi padre como siempre.

Pero aún no habíamos terminado.

Pues al cabo de unas cuantas noches, mientras dormía en el colchón a los pies de mi madre, me sobresaltaron unos sonidos entrecortados que sólo vagamente recordaban a la tos. Después se calló y se durmió. Y de nuevo, una o dos noches más tarde, me volví a despertar al oír sus toses que no eran toses. Me levanté con los ojos pegados, me tapé con la manta, crucé como sonámbulo el pasillo, me acosté y me dormí al instante al lado de mi padre, en la cama de matrimonio. Y lo mismo hice durante las noches siguientes.

Casi hasta sus últimos días durmió mi madre en mi habitación y en mi cama, y yo dormí con mi padre. Al cabo de dos o tres días fueron trasladados, a su nuevo sitio, todas las cajas de medicinas, los frascos de los medicamentos, los calmantes, los somníferos y las píldoras contra las migrañas.

No dijimos ni una palabra sobre el nuevo orden. Ni ella, ni yo, ni él. Como si hubiese ocurrido así sin más.

Y así fue. Sin ninguna decisión familiar. Sin una palabra.

La semana anterior a la última, mi madre dejó de dormir en mi cama y regresó a su silla frente a la ventana, sólo que esa silla fue trasladada de nuestra habitación, mía y de mi padre, a mi habitación, que se había convertido en la suya.

Cuando todo pasó no quería volver a esa habitación. Quería quedarme con mi padre. Y cuando por fin volví a la habitación que había sido la mía, era incapaz de conciliar el sueño: parecía que ella aún estaba allí. Sonriendo sin sonreír. Tosiendo sin toser. O que me había dejado en herencia el insomnio que la había perseguido hasta el final y que desde entonces me perseguiría a mí. Fue tan terrorífica la noche que volví a dormir en mi cama que, durante las noches siguientes, mi padre tuvo que tomar uno de los colchones del «sofá ladrador» y venir a dormir conmigo. Durante una semana, tal vez dos, estuvo durmiendo mi padre a mis pies cada noche. Después volvió a su sitio y también ella, o su insomnio, lo siguió.

Era como si un gran maremoto nos arrastrara a los tres, golpeándonos por todas partes, acercándonos y alejándonos, alzándonos y haciéndonos girar, hasta dejarnos, al final, a cada uno en una playa desconocida. Y de puro cansancio cada uno se conformó, en silencio, con el cambio. Estábamos muy cansados. No sólo en la cara de mi madre y de mi padre, también debajo de mis ojos vi en el espejo durante aquellas semanas medialunas oscuras.

Durante aquel otoño estuvimos tan unidos y tan cerca como tres condenados en una misma celda. Y a pesar de todo, cada uno estaba en lo suyo: ¿qué podían saber ellos de mis sórdidas noches? ¿De la cruel indecencia del cuerpo? Cómo podían saber mis padres que me advertía a mí mismo una y otra vez, con los dientes apretados de vergüenza: si no dejas eso, si tampoco esta noche paras, te juro que me tomo todas las pastillas de mamá y así acabaremos con esto.

Mis padres no se imaginaban nada. Mil años luz nos separaban. No años luz. Mil años oscuridad.

¿Pero qué sabía yo de sus sufrimientos?

¿Y ellos? ¿Ellos dos? ¿El uno del otro? ¿Qué sabía mi padre de la tragedia de mi madre? ¿Qué sabía mi madre del sufrimiento de mi padre?

Había mil años oscuridad entre unos y otros. Incluso entre los tres condenados en una misma celda. E incluso entonces, en Tel Arza, aquella mañana de sábado, cuando mi madre se sentó apoyada en un árbol y mi padre y yo pusimos la cabeza sobre sus piernas, una cabeza en cada pierna, y mi madre nos acarició a los dos, incluso en aquel momento, el más querido de toda mi infancia, mil años oscuridad nos separaban.

CAPÍTULO 55

En el volumen de poesía de las obras de Zeev Jabotinsky, después de «Con sangre y sudor se alzaré nuestra estirpe», después de «Las dos riberas del Jordán» y «Desde el día en que fui llamado al prodigio/ de Beitar, Sión y el Sinaí», aparecen también sus melodiosas traducciones de poesía extranjera, entre ellas «El cuervo» y «Annabel Lee» de Edgar Allan Poe, «La princesa lejana» de Edmond Rostand y el sobrecogedor «Canción de otoño» de Paul Verlaine.

Enseguida me lo aprendí todo de memoria e iba todo el día como embriagado por la potencia de los sublimes tormentos románticos y los abismos de macabro sufrimiento que envolvían aquellas obras.

Junto a los combativos poemas patrióticos que escribía en un elegante cuaderno negro, regalo del tío Yosef, empecé a escribir también poemas del *Weltschmerz*, el dolor universal, repletos de tormentas, bosques y mares. Y también algunos poemas amorosos, antes de saber lo que era el amor. O, más que antes de saber, mientras intentaba en vano conciliar las películas del oeste, donde al final una bella chica era el premio para quien había matado más indios, con los votos bañados en lágrimas de Annabel Lee y su compañero, y su amor más allá de la tumba. Era difícil tomar partido, pero era mucho más difícil conciliar todo eso con el laberinto de trompas, vaginas y óvulos de la enfermera del colegio Tajkemoní. Y con la indecencia nocturna que me atormentaba sin piedad hasta hacerme desear morir. O volver a ser como era antes de caer en manos de una banda nocturna de brujas burlonas: cada noche tomaba la decisión de matarlas de una vez por todas, y cada noche esas maléficas hechiceras descubrían ante mis ojos estupefactos tramas tan disolutas que me pasaba el día entero esperando impacientemente mi cama. A veces no podía esperar y me encerraba en el pestilente retrete del patio del Tajkemoní o en nuestro cuarto de baño y salía de allí dos o tres minutos después con el rabo entre las piernas, avergonzado, lastimoso como un guiñapo.

El amor por las chicas y todo lo que conllevaba me parecía una tragedia, una trampa terrorífica de donde nadie volvía jamás: al principio uno era atraído en un vuelo onírico hacia un palacio de cristal encantado y al final se despertaba inmerso en una repugnante fosa séptica.

Escapaba a la carrera hacia la lúcida fortaleza de los libros de suspense, de aventuras y de guerra: Julio Verne, Karl May, Fenimore Cooper, Mein Rid, Sherlock Holmes, *Los tres mosqueteros*, *Las aventuras del capitán Hatteras*, *Hacia los cráteres de la luna*, *La hija de Moctezuma*, *El prisionero de Zenda*, *A fuego y espada*, *Corazón*, de Edmundo de Amicis, *La isla del tesoro*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *En el desierto y en la estepa*, *El oro de Kajamalka*, *La isla misteriosa*, *El conde de Montecristo*, *El último mohicano*, *Los hijos del capitán Grant*, las profundidades del África negra, granaderos e indios, villanos y caballeros, saqueadores de ganado, ladrones, *cowboys*, piratas, las islas del archipiélago, grupos de indígenas sanguinarios con plumas en la cabeza y pinturas de guerra, gritos de combate que hielan la sangre, magos, caballeros-dragones y caballeros-sarracenos con sables, monstruos, brujos, emperadores, impostores, espectros incansables, malvados truhanes y sobre todo muchachos pálidos destinados a realizar grandes hazañas tras conseguir dominar su ignominia. Quería ser como ellos y quería saber escribir como los que los habían escrito. Tal vez aún no distinguía entre escribir y vencer.

Miguel Strogoff, de Julio Verne, dejó algo en mí que me ha acompañado hasta el día de hoy. El zar ruso envió a Strogoff en una misión secreta a llevar un despacho crucial a las fuerzas rusas asediadas en los confines de Siberia. El correo debía atravesar las tierras que estaban bajo dominio de los tártaros. Miguel Strogoff fue capturado por la guardia tártara y conducido ante su líder, el Gran Khan, quien ordenó cegarlo acercando una espada al rojo vivo a sus ojos para que no pudiera proseguir su viaje a Siberia. Strogoff se había aprendido el crucial despacho de memoria, ¿pero cómo podía llegar a Siberia sin vista? Incluso después de que el hierro candente quemara sus ojos, el fiel correo continuó a ciegas su camino hacia el este, hasta que, en el momento decisivo de la trama, el lector descubre que no ha perdido la vista: ¡la espada al rojo vivo que le habían acercado a los ojos se había enfriado con las lágrimas! Porque en aquel difícil momento Miguel Strogoff había pensado en su querida familia, a la que ya nunca volvería a ver, y con ese pensamiento sus ojos se llenaron de lágrimas, y esas lágrimas enfriaron la brasa y le salvaron la vista, así su trascendental misión fue llevada a término con éxito y determinó la victoria de su patria sobre todos sus enemigos.

Las lágrimas fueron, entonces, las que salvaron a Strogoff y a toda Rusia. ¡Pero en casa, las lágrimas estaban prohibidas a los hombres! ¡Eran una deshonra! El

llanto era propio única y exclusivamente de las mujeres y los niños. Con cinco años ya me avergonzaba llorar y con ocho o nueve aprendí a ahogar el llanto para poder ser admitido en la orden de los hombres. Por eso me impresioné tanto la noche del 29 de noviembre cuando mi mano izquierda tropezó en la oscuridad con la mejilla húmeda de mi padre. Y por eso no hablé de ello nunca, ni con mi padre ni con ninguna otra persona. Y resulta que Miguel Strogoff, un héroe impertérrito, un hombre de hierro capaz de superar cualquier adversidad y tormento, cuando de pronto piensa en el amor, no se contiene: llora. No de miedo ni de dolor, Miguel Strogoff llora por la fuerza de sus sentimientos.

Y más aún: el llanto de Strogoff no lo rebaja al nivel de un infeliz ni al de una mujer o un trasto viejo, sino que es un llanto aceptado tanto por el autor, Julio Verne, como por el lector. Y como si no bastase con que el llanto de un hombre sea aceptado, ese llanto de pronto salva al que lo derrama e incluso a toda Rusia. Y así, ese hombre, el más viril de los hombres, venció a todos sus enemigos gracias al «lado femenino» que surgió de lo más profundo de su alma en el momento decisivo, y ese «lado femenino» no anuló ni debilitó el «lado masculino» (algo con lo que en aquella época nos lavaban el cerebro) sino todo lo contrario, lo completó y se reconcilió con él. Tal vez fuera ésa una salida digna, una liberación no deshonrosa a la alternativa que por aquellos días me atormentaba, la alternativa entre sentimiento y virilidad. (Una decena de años más tarde Jana, en *Mi querido Mijael*, se enamoró del personaje de Miguel Strogoff.)

Y estaba también el capitán Nemo de *Veinte mil leguas de viaje submarino*, ese hindú orgulloso y valiente que aborrecía la crueldad de los regímenes explotadores y detestaba la opresión de pueblos e individuos por parte de los poderosos desalmados y las potencias egoístas. El capitán Nemo en *Veinte mil leguas de viaje submarino* sentía una especie de aversión al estilo de Edward Said, si no un odio a lo Franz Fanon hacia la arrogante soberbia del mundo noroccidental. Por lo tanto, decidió alejarse de todo y crearse un pequeño mundo utópico bajo el océano.

Al parecer, esto provocó en mí, entre otras cosas, una pulsión de aceptación sionista: el mundo nos había perseguido sin tregua y había sido siempre injusto con nosotros. Por tanto, nos apartamos de él para crear una pequeña burbuja independiente y vivir en ella una vida pura y libre, lejos de la crueldad de nuestros perseguidores. Pero, al igual que el capitán Nemo, nosotros no seguiríamos siendo víctimas sin salvación, sino que, con nuestro genio creativo, equiparíamos nuestro

Nautilus con sofisticados rayos mortales. Nadie se volvería a atrever jamás a intentar conspirar contra nosotros. Nuestro largo brazo llegaría, si fuera necesario, hasta el fin del mundo.

En *La isla misteriosa* un puñado de náufragos consiguieron crear de la nada una pequeña civilización en una isla desierta y árida. Esos náufragos eran todos europeos, todos hombres, todos magníficos pensadores, magnánimos, todos tecnócratas, todos intrépidos y hábiles: justamente así, a su imagen y semejanza, quería el siglo XIX vislumbrar el futuro, moderado, iluminado y viril, capaz de resolver todos los problemas por medio de la fuerza de la razón y las normas de la religión del progreso (al parecer la crueldad, los instintos y el mal se desterraron más tarde a otra isla: la isla de los jóvenes de William Golding en su libro *El señor de las moscas*).

Gracias a su determinación, gracias a su inteligencia y sentido común, y gracias a su fervoroso entusiasmo colonizador, los náufragos consiguieron sobrevivir e incluso construir, únicamente con sus manos, los fundamentos de una próspera colonia en la árida isla. Y así conquistaron mi corazón, que estaba repleto del sistema de valores sionistacolonzador heredado de mi padre, un sistema de valores laico, ilustrado y apasionado, racional, idealista, militante, optimista y progresista.

Pero en los momentos en que se cernía sobre los colonos de la isla misteriosa una catástrofe irremediable, provocada por las fuerzas de la naturaleza, en los momentos en que estaban entre la espada y la pared y su ingenio no podía ya salvarlos, en esos momentos decisivos siempre intervenía, en el curso de los acontecimientos, una misteriosa mano superior, una prodigiosa providencia omnipotente que, justo en el último instante, los salvaba de la destrucción total: «Si hay justicia, que aparezca de inmediato», escribió Bialik. En *La isla misteriosa* había justicia y apareció de inmediato, rápida como un rayo, en el momento en que se había perdido toda esperanza.

En el fondo era otro sistema de valores, opuesto de principio a fin al racionalismo de mi padre: era la lógica de las historias nocturnas de mi madre, las historias sobre demonios y milagros, la historia del venerable anciano que daba asilo en su cabaña a un hombre mucho más anciano que él, el misterio, el mal y la bondad, la caja de Pandora, donde, tras todas las desgracias, aún había esperanza en

el fondo de la desesperación. Así era también la lógica milagrera de los cuentos jasídicos que la Maestrazelda me dio a conocer y que el profesor Mordejai Mijaeli del Tajkemoní, un pozo de leyendas, retomó en el lugar donde ella lo había dejado.

Era como si ahí, en *La isla misteriosa*, hubiese tenido lugar por fin la reconciliación entre las dos primeras ventanas, opuestas entre sí, a través de las cuales se me mostró el mundo al comienzo de mi vida: la ventana de mi padre, racional y optimista, y la ventana de mi madre, por la que se veían paisajes melancólicos y extrañas fuerzas sobrenaturales, las fuerzas del mal pero también de la compasión y la bondad.

Sin embargo, al final de *La isla misteriosa* se pone de manifiesto que esa mano providencial superior, que intervenía y salvaba siempre la «empresa sionista» de los naufragos cuando un peligro de exterminio se cernía sobre ella, era la mano oculta del capitán Nemo, el mismo capitán de mirada furiosa del libro *Veinte mil leguas de viaje submarino*. Pero eso no consiguió arruinar la sensación de reconciliación que me proporcionó ese libro, fue el fin de la constante contradicción entre el entusiasmo sionista infantil y el entusiasmo gótico, no menos infantil.

Como si mi madre y mi padre se hubiesen reconciliado y por fin vivieran en perfecta armonía. No en Jerusalem sino en alguna isla desierta, es cierto. Pero pese a todo pudieran hacer las paces.

El buen señor Marcus, que tenía una librería de libros nuevos y usados y también una biblioteca de préstamo en la calle Jonás, casi en la esquina con la calle Gueulá, por fin accedió a dejarme sacar un libro al día. Y a veces incluso dos al día. Al principio no se creía que lo leyese entero y, cada vez que le devolvía un libro unas horas después de haberlo sacado prestado, me examinaba haciéndome todo tipo de preguntas inteligentes y astutas sobre su contenido. Poco a poco sus sospechas se convirtieron en estupor y su estupor en devoción: pensaba que con una memoria tan asombrosa y una capacidad de lectura tan rápida, y, sobre todo, si me aplicaba también en el estudio de lenguas extranjeras fundamentales, algún día podría convertirme en el secretario personal ideal de alguno de nuestros grandes líderes: quién sabe, tal vez con los años sería elegido secretario de Ben Gurión, o de Moshé Sharett. Por tanto, el señor Marcus decidió que le convenía hacer en mí una inversión a largo plazo, como dice el Eclesiastés: echa tu pan al agua, que al cabo de mucho tiempo lo encontrarás. Quién sabe si algún día necesitaría una licencia, o un

contacto, o poner en marcha los engranajes de un negocio editorial en el que se dispusiera a entrar, y entonces la relación de amistad con el secretario personal de algún pez gordo valdría más que el oro.

A veces el señor Marcus enseñaba con especial orgullo mi carnet de biblioteca, repleto, a algunos de sus clientes, como jactándose de los frutos de su inversión: ¡Miren lo que tenemos aquí! ¡Una rata de biblioteca! ¡Un fenómeno! ¡Un niño que no devora libros, sino estanterías enteras cada mes!

Así recibí, del señor Marcus, el permiso especial de sentirme en su biblioteca casi como en casa: sacar cuatro libros a la vez para no sentir hambre durante los dos días de fiesta. U hojear –¡con cuidado!– los libros recién salidos de la imprenta, destinados a la venta y no al préstamo. Y también echar un vistazo a novelas que no eran apropiadas para mi edad, como los libros de Somerset Maugham, O. Henry, Stefan Zweig e incluso el escabroso Maupassant.

En invierno iba corriendo en la oscuridad, bajo la lluvia punzante y los latigazos del viento, para llegar a tiempo a la biblioteca del señor Marcus antes de las seis de la tarde, la hora de cierre. Hacía mucho frío en Jerusalem por aquellos días, un frío penetrante que escocía, osos polares hambrientos llegaban de Siberia y vagaban por Kerem Abraham durante las noches de finales de diciembre. Y, como yo iba corriendo sin abrigo, mi sweater se empapaba y desprendía toda la tarde un olor deprimente, un olor picante a lana mojada.

En más de una ocasión, ocurría que me encontraba sin una migaja que leer durante esos largos y vacíos sábados en los que, ya a las diez de la mañana, había terminado todas las provisiones que había sacado de la biblioteca Marcus. Llevado por la bulimia, tomaba de las estanterías de mi padre todo lo que cayera en mis manos: *Till Eulenspiegel*, en la traducción de Shlonsky, *Las mil y una noches*, en la traducción de Rivlin, libros de Israel Zarhi, de Mendele, de Scholem Aleijem, de Kafka, de Berdichevsky, poemas de Rahel, Balzac, Hamsun, Yigal Mosenson, Fayerberg, Natán Shaham, Gnessin, Brenner y Hazaz, e incluso los libros del señor Agnón. No entendía casi nada, excepto tal vez lo que había visto a través de las lentes de mi padre, es decir, que el *shtetl* judío de la diáspora era lastimoso, despreciable y ridículo. Mi necio corazón no se asombraba del todo de su amargo final.

Mi padre había adquirido la mayor parte de las obras clásicas de la literatura universal en su lengua original, por lo tanto yo no podía ni echarles un vistazo. Casi

todo lo que había allí en hebreo, ya lo había leído o al menos lo había hojeado. No dejé piedra sin remover.

Por supuesto, también leí los suplementos infantiles de *Davar* y los libros infantiles que formaban parte del repertorio común: los poemas de Leah Goldberg y de Fania Bergstein, *La isla de los niños*, de Mira Lobe, y todos los cuentos de Nahum Guttman: el África de *Lobengulu* y el París de *Beatrice*, así como la Tel Aviv rodeada de arena, huertos y mar, todos esos lugares fueron las metas de los primeros viajes voluptuosos de mi vida. La diferencia entre Jerusalem y la Tel-Aviv-unida-al-resto-del-mundo era para mí como la diferencia entre nuestra vida aquí, una vida invernal en blanco y negro, y una vida en color, veraniega y luminosa.

Cautivaba especialmente mi fantasía *Sobre las ruinas*, el libro de Zvi Liebermann-Livne que había leído tantas veces: érase una vez un remoto pueblo judío en la época del Segundo Templo, un pueblo tranquilo oculto entre montañas, colinas y viñedos. Un día llegaron los soldados de la legión romana, asesinaron a todos los habitantes del pueblo, hombres, mujeres y ancianos, lo saquearon todo, quemaron las casas y siguieron su camino. Pero, antes de la matanza, las gentes del pueblo lograron esconder a sus hijos pequeños, los que aún no habían cumplido los doce años y no podían participar en la defensa del pueblo, en una cueva en las montañas.

Tras la masacre los niños salieron de la cueva, vieron la ruina causada y, en vez de desesperarse, decidieron, en un debate parecido a la asamblea general de un kibutz, que la vida debía continuar y que había que levantar el pueblo de las ruinas. Por lo tanto, eligieron un comité donde también participaban las chicas, pues esos niños no sólo eran valientes y decididos sino también increíblemente progresistas e ilustrados. Poco a poco, con la tenacidad de una hormiga, consiguieron reunir lo que quedaba de las vacas y ovejas, repararon el corral y el establo, reconstruyeron las casas quemadas, reanudaron los trabajos agrícolas y fundaron una comunidad de niños ejemplares, una especie de kibutz ideal: un grupo compuesto de muchos Robinson Crusoe sin ningún Viernes.

Ninguna sombra oscurecía la vida de fraternidad e igualdad de esos niños de ensueño: ni luchas por el poder, ni rivalidades, ni envidias, ni indecencias sexuales, ni los fantasmas de los padres muertos. Era el reverso positivo de lo que les sucedía a

los niños de William Golding en *El señor de las moscas*. Zvi Livne pretendió regalar a los niños de Israel una excitante alegoría sionista: la generación del desierto ha muerto y en su lugar se ha alzado la generación de la tierra, una generación osada y heroica, «el hierro de los grilletes será apartado de ella», una generación que se ha elevado por sí misma «del holocausto al heroísmo», de la oscuridad a la luz. En mi versión jerosolimitana, en el segundo tomo de *Sobre las ruinas* escrito en mi imaginación, los niños no se conformaban con ordeñar, recoger olivas y vendimiar: descubrieron un arsenal de armas, o mejor aún, inventaron la forma de hacer por sí mismos ametralladoras, morteros y tanques blindados. O quizá fue el Palmaj quien consiguió pasar de contrabando esas armas, retrocediendo cien generaciones en el tiempo, directamente a las manos tendidas de los niños de *Sobre las ruinas*. Equipados con todo eso, los niños de Zvi Livne y míos lograron llegar justo en el último momento a los pies de Masada: abriendo fuego por sorpresa desde la retaguardia, con largas y precisas ráfagas y con fuego de mortero letal, sorprendieron a las legiones romanas, las mismas legiones que habían asesinado a sus padres, las mismas legiones que ya estaban empezando a subir a Masada por un terraplén. Y así, justo cuando Eliezer Ben Yair iba a finalizar su memorable discurso de despedida, justo cuando los últimos defensores de Masada estaban a punto de caer sobre sus propias espadas para no ser hechos prisioneros de los romanos, mis jóvenes y yo abrimos brecha, llegamos a la cima de la montaña y los salvamos de la muerte, y salvamos a nuestro pueblo de la humillación de la derrota.

Después llevamos la guerra al territorio enemigo: instalamos nuestros morteros en la cima de las siete colinas de Roma, hicimos pedazos el arco de Tito y pusimos al emperador de rodillas.

Tal vez se oculte en esta historia un placer inconfesable y enfermizo en el que, por supuesto, Zvi Livne no pensó cuando escribió este libro tan didáctico y edificante: un placer edípico. Un placer oscuro. Pues los niños enterraron a sus padres. A todos. No quedó en todo el pueblo ni un solo adulto. Ni un progenitor, ni un maestro, ni un vecino, ni un tío, ni un abuelo, ni una abuela. Ni el señor Krohmal, ni el tío Yosef, ni Mala y Stashek Rodnitzky, ni los Abramsky, ni los Bar Yitzhar, ni la tía Lilia, ni Begin, ni Ben Gurión. Se cumplía así, de forma milagrosa, el deseo censurado del sistema de valores sionista y también del niño que era yo: que se muriesen de una vez. Porque eran diaspóricos. Angustiosos. Porque eran la

generación del desierto. Siempre llenos de protestas y órdenes, siempre sin dejar respirar. Sólo cuando muriesen podríamos por fin demostrarles que lo podíamos hacer absolutamente todo solos: todo lo que ellos querían que hiciésemos, todo lo que esperaban de nosotros, lo realizaríamos a la perfección –arar, segar, construir, luchar y vencer– pero sin ellos: porque el nuevo pueblo judío debía separarse de ellos. Porque todo se había aquí creado con la intención de que fuese sólo joven, sano y fuerte, y ellos eran viejos y estaban cansados, y en ellos todo era complicado, un poco repelente y más que un poco ridículo.

Toda la generación del desierto, por tanto, se volatilizó en *Sobre las ruinas* y dejó tras ella huérfanos felices, raudos y libres como una bandada de pájaros en el cielo azul. No quedaba nadie que estuviera todo el día fastidiando con acento diaspórico, con gorgoritos retóricos, imponiendo modales mohosos y enturbiando la vida con depresiones, humillaciones, órdenes y ambiciones. Ninguno había sobrevivido para imponernos todo el día su moral, esto se puede, esto no se puede, esto es feo. Sólo nosotros. Solos en el mundo.

La muerte de todos los adultos aludía a una secreta y poderosa fascinación. Y así, a los catorce años y medio, unos dos años después de la muerte de mi madre, maté a mi padre y maté a toda Jerusalem, me cambié el apellido y me fui solo al kibutz Hulda para vivir allí sobre las ruinas.

CAPÍTULO 56

Lo maté sobre todo cambiándome el apellido. Durante muchos años la vida de mi padre estuvo oscurecida por la gran sombra del erudito tío con «renombre internacional» (un concepto que mi padre pronunciaba bajando religiosamente el tono de voz). Durante muchos años Yehuda Arie Klausner soñó con seguir los pasos del profesor Yosef Gedalia Klausner, el autor de *Jesús de Nazaret*, *De Jesús a Pablo*, *Historia del Segundo Templo*, *Historia de la literatura hebrea* y *Cuando un pueblo lucha por su libertad*. En el fondo de su corazón, tal vez mi padre también soñara con meterse algún día en los zapatos del profesor sin hijos y heredar su puesto. Por eso, mi padre aprendió a leer no menos idiomas de los que sabía su tío. Por eso, se inclinaba sobre su escritorio por las noches con montones y montones de fichas a su alrededor. Y, cuando empezó a perder la esperanza de llegar también algún día a ser un famoso profesor, tal vez empezó a rogar en lo más profundo de su corazón que la antorcha pasara a mis manos, y que él lo pudiese ver.

A modo de broma, mi padre se comparaba a veces con el insignificante Mendelssohn, el banquero Abraham Mendelssohn, a quien el destino había designado para ser hijo del famoso filósofo Mosés Mendelssohn y padre del gran compositor Felix Mendelssohn-Bartholdy («Primero fui hijo de mi padre y después padre de mi hijo», bromeó en una ocasión Abraham Mendelssohn sobre sí mismo).

Como bromeando, como burlándose de mí llevado por un afecto contenido, mi padre se empeñaba en llamarme desde muy pequeño Su Excelencia. Su Alteza. Su Majestad. Sólo al cabo de muchos años, la noche siguiente a la mañana de su muerte, comprendí de pronto que tras su sarcasmo invariable, irritante y algo molesto, se ocultaban, tal vez, sus propios sueños de grandeza frustrados, la pena de tener que resignarse a su mediocridad y el oculto deseo de asignarme a mí la tarea de conquistar en su nombre, algún día, las metas que él no había podido alcanzar.

En su soledad y depresión, mi madre me contaba, en la cocina, historias sobre prodigios, horrores y fantasmas, semejantes tal vez a los cuentos que la viuda Aase le contaba al pequeño Peer Gynt en su cabaña las noches de invierno. Mientras que mi padre, a su manera, era Jon Gynt, el padre de Peer, en la misma medida en que mi madre era Aase:

¡Peer, has nacido para cosas grandes!

¡Peer, serás un gran hombre!¹¹⁶

–El kibutz –decía mi padre con tristeza– tal vez sea un fenómeno significativo, pero necesita a personas fuertes que realicen trabajos físicos y con un coeficiente intelectual mediocre. Y tú sabes que en absoluto eres mediocre. No pretendo menospreciar el kibutz, los miembros de los kibutzim tienen evidentes méritos en la vida del país, pero tú no podrás desarrollarte allí. Por lo tanto, sintiéndolo mucho, no puedo estar de acuerdo con eso. De ninguna manera. Y punto. Aquí se acaba la discusión.

Desde la muerte de mi madre, y desde el nuevo matrimonio de mi padre un año después, él y yo hablábamos sólo de cuestiones urgentes relacionadas con la vida cotidiana. O de política. De los nuevos descubrimientos científicos y de los valores y los ideales universales (vivíamos ya en un piso nuevo, en la avenida Ben Maimón 28 en Rehavia, el barrio al que mi padre había aspirado toda su vida). Sobre los tormentos de mi adolescencia, su nuevo matrimonio, sus sentimientos, mis sentimientos, los últimos días de vida de mi madre, su muerte y su ausencia, sobre todo eso no intercambiábamos ni una palabra. Nunca. Muy a menudo teníamos acaloradas discusiones, con cierta hostilidad recíproca, cortés pero muy tensa, sobre Bialik, Napoleón, el socialismo que empezaba a fascinarme mientras que mi padre lo consideraba «una epidemia roja», y una vez tuvimos una fuerte pelea por Kafka. Casi siempre nos comportábamos como dos inquilinos que comparten un pequeño piso: El baño ya está libre. Falta margarina y papel higiénico. ¿No está empezando a hacer un poco de frío? ¿No te importa que encienda la estufa?

Cuando empecé a ir a pasar los Shabat y las fiestas a Tel Aviv, a casa de Haya y de Sonia, las hermanas de mi madre, o a Kiriath Motzkin, a casa del «abuelo Papá», mi padre me daba dinero para el viaje y unas cuantas liras más «para que no tengas que pedirle a alguien, allí, dinero». «Y no olvides decirle a alguien, allí, que durante unos días no puedes comer nada frito.» O decía: «Por favor, acuérdate de preguntarle a alguien, allí, si ellos, allí, tienen interés en que la próxima vez les mande contigo un sobre con cosas de su cajón».

¹¹⁶ N. del A.: Henrik Ibsen, *Peer Gynt*, traducción al hebreo de Lea Goldberg, Devir Laam, Tel Aviv 1953, acto II, escena IV, pág. 61.

La palabra «su», o «ella», cubría el recuerdo de mi madre como una lápida sin nombre. Las expresiones «alguien, allí» o «ellos, allí» mostraban el enfriamiento de la relación entre él y toda la familia de mi madre, una relación que no se retomó nunca más: ellos lo consideraban culpable. Sus relaciones con otras mujeres, sospechaban las hermanas de mi madre de Tel Aviv, enturbiaron la vida de su hermana. Y también todas esas noches sentado a su escritorio, dándole la espalda y entregado a sus investigaciones y a sus fichas. A mi padre, esa acusación lo conmocionó y lo hirió hasta lo más profundo de su alma. Consideraba mis viajes a Tel Aviv y a Haifa más o menos como consideraban los países árabes por aquellos años, años de boicot y rechazo, la visita de personas neutrales al territorio del Estado de Israel: no está en nuestras manos detenerte, ve a donde quieras, pero, por favor, en nuestra presencia no menciones el nombre de ese lugar y, al volver, no nos cuentes nada sobre ellos. Ni bueno ni malo. Ni tampoco a ellos sobre nosotros. Porque no queremos escuchar nada ni nos interesa saber nada. Y debes tener mucho cuidado de que no estampen en tu pasaporte ningún sello indeseable.

Unos tres meses después del suicidio de mi madre, llegó el día de mi *bar mitzvá*: no hubo fiesta. Subí al púlpito de la sinagoga Tajkemoní el sábado por la mañana y balbucí el texto de la semana, eso fue todo. Vino toda la familia Mussman, desde Tel Aviv y también desde Kiriat Motzkin, pero se buscaron un rincón en la sinagoga lo más alejado posible de los Klausner. Los dos bandos no intercambiaron ni una palabra. Sólo Zvi y Buma, los maridos de mis tías, se obsequiaron con un ligero movimiento de cabeza casi imperceptible. Yo me pasé todo el tiempo corriendo como un cachorro enloquecido de un territorio a otro, esforzándome por poner cara de niño contento y alegre, hablando sin parar aquí y allá: imitando a mi padre, que odiaba los silencios, que siempre se sentía culpable de cualquier silencio y tenía que romperlo como fuera.

Sólo el abuelo Alexander cruzó sin dudarle el telón de hierro y besó a mi abuela de Haifa y a las dos hermanas de mi madre en la mejilla, tres besos, izquierda, derecha, izquierda, según la costumbre rusa, luego me colocó a su lado y dijo con resplandeciente entusiasmo: «Bueno, *shto?* Un niño magnífico, ¿no? ¡Un niño *molodyetz*¹¹⁷! ¡Y tiene mucho talento! ¡Muchísimo talento! ¡Muchísimo!».

¹¹⁷ Buen chico/ bien hecho!

Algún tiempo después de que mi padre se volviera a casar empecé a ir tan mal en los estudios que incluso temía que me echaran del colegio (al año de morir mi madre me cambiaron del Tajkemoní al instituto Rehavia). Mi padre estaba ofendido y consternado, y me castigaba. Poco a poco empezó a sospechar que aquella guerra de guerrillas mía no acabaría hasta forzarlo a aceptar que me fuera al kibutz. Pero también él respondió con una guerra: cada vez que yo entraba en la cocina, mi padre se levantaba y se iba sin decir ni una palabra. Sin embargo, un viernes salió de detrás de su muro defensivo y me acompañó a la vieja estación de autobuses de la compañía Egued, que estaba a mitad de la calle Yafo. Antes de subir al autobús hacia Tel Aviv, de pronto dijo:

–Si te parece bien, haz el favor de preguntarles a ellos, allí, lo que opinan de tus planes de ir al kibutz. Por supuesto su opinión allí no nos compromete a nada y no nos interesa demasiado, pero esta vez no me opondré a oír cómo ven ellos, allí, esa posibilidad.

Ya antes de la tragedia, desde que comenzó la enfermedad de mi madre y puede que incluso antes, mis tías de Tel Aviv consideraban a mi padre un hombre egocéntrico y un poco déspota: creían que desde la muerte de mi madre yo me asfixiaba bajo su yugo de opresión, y que desde su matrimonio –eso creían– también me maltrataba la madrastra. Como para fastidiar a mis tías, yo me esforzaba siempre en decirles cosas maravillosas de mi padre y de su mujer, que se preocupaban por mí con abnegación y hacían todo lo que podían para que no me faltase de nada. Pero las tías no querían oír ni una palabra: se enojaban conmigo, se ponían furiosas, se sentían ofendidas, como si estuviese intentando alabar en su presencia el régimen de Nasser o defender las acciones de los fedayines. Las dos me hacían callar en el mismo instante en que empezaba el discurso en alabanza de mi padre. La tía Haya decía:

–Basta. Déjalo ya. Me haces sufrir con eso. Es evidente que te están haciendo allí un lavado de cerebro.

La tía Sonia, por su parte, no me retaba cada vez que intentaba decir en su casa algo bueno sobre mi padre o su mujer, pero al instante empezaba a llorar a lágrima viva.

Para sus ojos escudriñadores, la realidad hablaba por sí misma: me veían delgado y tísico como un hilo, pálido, nervioso y no tan limpio como debería. Evidentemente me descuidaban allí, por no decir algo mucho peor. ¿Y esa herida en

la mejilla? ¿No te han llevado al médico? ¿Este ajado sweater es el único que tienes? ¿Y cuándo fue la última vez que te compraron ropa interior? ¿Y dinero para el autobús de vuelta? Seguro que se han olvidado de dártelo, ¿no? ¿Por qué insistes? ¿Por qué no nos dejas meterte en el bolsillo unas liras, por seguridad?

De la bolsa que había preparado para el viaje a Tel Aviv, las tías sacaban, ni bien llegaba, las camisetas, el pijama, los calcetines y los calzoncillos, y hasta el pañuelo de reserva, chasqueaban la lengua sin hablar y lo condenaban todo de inmediato a lavar, a hervir o a dos horas aireándose en la cuerda de la terraza, y a un potente planchado, a veces incluso a la destrucción sin concesiones: como para acabar con un peligro de epidemia o imponer en mi ropa y mis pertenencias una reforma educativa. En cuanto a mí, lo primero que hacían era mandarme a la ducha y, lo segundo, estar media hora al sol en la terraza: Estás blanco como la pared, ¿quieres un racimo de uvas? ¿O una naranja? ¿Y una zanahoria cruda? Después iremos a comprarte ropa interior nueva. O una camisa decente. O medias. Las dos intentaban cebarme con higaditos de pollo, aceite de bacalao, jugos de fruta y un buen surtido de hortalizas frescas. Como si acabara de llegar directamente del gueto.

A la pregunta sobre qué opinaban de que me fuera al kibutz, la tía Haya sentenció al instante:

–Por supuesto que sí. Conviene que te alejes un poco de ellos. En el kibutz crecerás, te harás fuerte y, poco a poco, también te recuperarás.

Mientras que la tía Sonia propuso con tristeza, con el brazo sobre mis hombros: –Prueba a vivir en el kibutz, sí, y si por desgracia también allí te sientes tan desdichado, simplemente te vienes con nosotras, ¿está bien?

A finales de noveno, quinto en el instituto Rehavia, abandoné de repente los Scouts y casi dejé de ir al colegio. Me pasaba todo el día solo, tumbado en la habitación, en camiseta y calzoncillos, devorando un libro tras otro mientras acababa también con montones de golosinas, prácticamente lo único que comía por aquellos días. Hasta ese punto estaba enamorado, enamorado desesperadamente y sin la menor sombra de posibilidad, de una de las reinas de la clase: no era un amor de juventud con sabor agridulce como los de los libros que había leído, donde se describía cómo el alma sufre de amor pero también se eleva y reverdece. No era así;

era como si me hubiesen golpeado con una barra de hierro en la cabeza. Y por si eso fuera poco, precisamente por aquellos días, tampoco el cuerpo dejaba de atormentarme noche y día con sus insaciables indecencias. Quería sentirme libre, librarme de una vez por todas de esos dos enemigos, el cuerpo y el alma. Quería ser una nube. Ser una piedra en la superficie de la luna.

Cada tarde salía de mi guarida y vagaba dos o tres horas por las calles o por los campos vacíos de las afueras. A veces llegaba hasta las alambradas de espino o hasta los campos de minas que dividían la ciudad, y en una ocasión, en la oscuridad, debí de entrar en tierra de nadie y pisé por error una lata vacía que sonó como un alud de piedras; al instante se oyeron muy cerca dos disparos en la oscuridad y huí corriendo de allí. A pesar de todo, volví al día siguiente y en días sucesivos a los límites de la tierra de nadie, como si todo me hastiase. También bajaba a los wadis más recónditos, a los lugares desde los cuales ya no podía ver ni una sola luz de las casas de Jerusalem, sólo las sombras de las montañas, un baño de estrellas, el olor de las higueras y los olivos, y un olor a tierra de verano sedienta. Volvía a casa a las diez, a las once, a medianoche, me negaba a decir dónde había estado, hacía caso omiso de la hora en que se apagaban las luces en casa, aunque mi padre ya se había dignado a atrasarla de las nueve a las diez, hacía caso omiso de todas sus reprimendas, no reaccionaba a sus tímidos esfuerzos de tender un puente sobre el silencio que reinaba entre nosotros con ayuda de sus trilladas bromas:

–¿Y dónde, si es que podemos preguntarlo, dónde se ha dignado a estar Su Alteza hasta casi medianoche? ¿Tal vez ha tenido un *rendez-vous*? ¿Con alguna hermosa joven? ¿O quizás Su Majestad ha sido invitado a una orgía en el palacio de la reina de Saba?

Mi silencio le aterraba más aún que los cardos pegados a mi ropa y más que el hecho de haber dejado de estudiar. Cuando mi padre se dio cuenta de que su furia y sus castigos no servían de nada, sustituyó la rabia por un mezquino sarcasmo y murmuraba moviendo la cabeza:

–¿Su Excelencia quiere eso? Que así sea –o decía–: Yo, a tu edad, ya casi había terminado el instituto. ¡No un instituto de reposo como el suyo! ¡Un instituto clásico! ¡Con una férrea disciplina militar! ¡Con clases de griego clásico y latín! ¡Ya había leído a Eurípides, a Ovidio y a Séneca en su lengua original! ¿Y tú qué? ¿Tumbado durante doce horas seguidas leyendo banalidades y basura? ¿El

semanario *Haolam Haze*? ¿Fascículos de todo tipo llenos de porquería? ¡Qué vergüenza! ¡Revistas pornográficas como *Gamad* y *Stalag*! ¡Una repugnancia destinada sólo a los despojos humanos! ¿El sobrino nieto del profesor Klausner va a acabar como un frívolo? ¿Como un vándalo?

Al final su sarcasmo se convirtió en tristeza. Junto a la mesa del desayuno, mi padre me miraba con sus ojos de perro marrones y apenados, pero al instante su mirada huía de la mía y se parapetaba tras el periódico. Como si fuese él quien hubiera dado el brazo a torcer y debiera avergonzarse. Como si fuese él quien viviera en pecado.

Por fin, apesadumbrado, mi padre me ofreció un trato: unos amigos del kibutz Huliot, el actual Sde Nehemia, en la Alta Galilea oriental, estaban dispuestos a hospedarme durante los meses de verano para que pudiese participar durante un tiempo en los trabajos agrícolas y, en compañía de mis coetáneos en el dormitorio comunitario, experimentar cómo se vivía allí: si me gustaba la idea o no. Si descubría que esa experiencia de verano me había bastado, debía comprometerme a volver al final del verano al instituto y reemprender mis estudios con la seriedad que se merecían. Si al final de las vacaciones aún no me había desilusionado, volveríamos a sentarnos los dos, él y yo, tendríamos una charla de hombre a hombre e intentaríamos encontrar una solución aceptable para ambos.

El tío Yosef en persona, el viejo profesor al que el movimiento Jerut había presentado como candidato a presidente del Estado de Israel frente al candidato de centroizquierda, el profesor Hayyim Weizmann, se enteró de mi insensato propósito y se escandalizó: consideraba los kibutzim una amenaza para el espíritu nacional, si no una prolongación de Stalin. Por lo tanto, el tío Yosef me invitó a ir a su casa para tener una importante conversación privada, cara a cara, desmarcada de las peregrinaciones de los sábados, una conversación que, por primera vez en mi vida, se desarrollaría en un día de diario. Me preparé a conciencia para la ocasión y hasta anoté tres o cuatro puntos fundamentales en un papel. Tenía la intención de recordarle al tío Yosef lo que él mismo ponía siempre como estandarte: ir contracorriente. Una postura individual decidida y concienzuda, aunque hubiese que enfrentarse a un potente viento, en defensa de lo que para uno es máspreciado.

Pero, en el último momento, el tío Yosef tuvo que cancelar su invitación debido a un asunto imprevisto que no podía posponerse.

Y así, sin ninguna bendición, el día que empezaron las vacaciones de verano, me levanté a las cinco de la mañana para ir a la estación de autobuses de la calle Yafo. Mi padre se levantó una media hora antes que yo: cuando sonó mi despertador él ya me había preparado para el viaje, bien envueltos en papel de caña, dos gruesos bocadillos de queso y tomate y otros dos de tomate y huevo duro, y también pepinos pelados, una manzana, embutido y una botella de agua bien cerrada para que no gotease por el camino. Al cortar el pan para hacer los bocadillos, se le fue la mano y se cortó el dedo con el cuchillo afilado y, como seguía sangrando, antes de despedirnos le curé la herida. En la puerta me dio un abrazo tímido y luego otro, enérgico, inclinó la cabeza y dijo:

–Si de alguna forma últimamente te he herido, te pido perdón. Tampoco es fácil para mí.

Y de repente cambió de idea, se puso rápidamente una corbata y una chaqueta, y vino a acompañarme a la estación. Durante todo el camino, por las calles vacías de Jerusalem antes del alba, llevamos juntos, él y yo, el petate que contenía todas mis pertenencias. Mi padre se pasó todo el trayecto repitiendo sus bromas, sus viejos chistes y sus juegos de palabras. Señaló el origen jasídico del término «kibutz» y la interesante afinidad entre el ideal kibutziano y la idea de la *koinonía*, comunidad, un concepto que tiene su origen en el griego clásico y cuya raíz está en *koinós*, que significa común, público. Y por cierto, de ahí, de *koinonía*, nos ha llegado al hebreo el concepto *kenunia*, connivencia, y quizás también canon. Cuando subí al autobús de Haifa, mi padre subió detrás, discutió conmigo sobre dónde debía sentarme, volvió a despedirse y, por puro despiste, olvidó que ése no era un viaje de fin de semana a casa de una de mis tías en Tel Aviv y me deseó un buen fin de semana a pesar de que era lunes. Antes de bajar del autobús bromeó un rato con el conductor y le rogó que tuviese un especial cuidado conduciendo, pues en esa ocasión le había tocado llevar un gran tesoro. Después se fue corriendo a comprar el periódico, se quedó en el andén, me buscó con los ojos y le dijo adiós con tristeza al autobús equivocado.

CAPÍTULO 57

A finales de ese verano, me cambié el apellido y me fui con mi petate desde Sde Nehemia hasta el kibutz Hulda, primero como estudiante externo, en régimen de internado, del instituto local (que se llama, por pura modestia, «clases de continuación»). Al terminar mis estudios en el instituto, el día antes de comenzar el servicio militar, me convertí en miembro del kibutz. Hulda fue mi casa desde el año 54 hasta el año 85.

Mi padre, por su parte, se casó por segunda vez un año después de la muerte de mi madre y, transcurrido otro año después de que me fuese a vivir al kibutz, se trasladó con su mujer a Londres. Estuvo unos cinco años en Londres: allí nacieron mi hermana Margarita y mi hermano David, allí mi padre aprendió por fin –con enormes dificultades– a conducir, y allí, en la Universidad de Londres, terminó y presentó su tesis doctoral sobre *Un manuscrito inédito de Y. L. Peretz*. De vez en cuando nos enviábamos postales. De vez en cuando mi padre me mandaba separatas de sus artículos. A veces, me mandaba libros y también pequeños objetos destinados a recordarme con sutileza cuál era mi verdadero destino: plumas y portaplumas, hermosos cuadernos o un abrecartas decorativo.

Cada verano, venía él solo a hacer una visita, a comprobar cómo estaba yo realmente y si la vida del kibutz me gustaba, y, de paso, a supervisar también el estado del piso y a ver cómo estaba su biblioteca. En una carta detallada, a comienzos del verano de 1956, unos dos años después de separarnos, mi padre me comunicaba que el miércoles de la semana que viene, si no te molesta, tengo pensado ir a visitarte a Hulda. Me he cerciorado de que hay un autobús que sale todos los días a las doce de la mañana de la estación central de Tel Aviv y llega a Hulda sobre la una y veinte. Éstas son mis preguntas: 1. Por favor, ¿puedes venir a buscarme a la estación de autobuses? (pero si te resulta difícil, si estás ocupado o lo que sea, puedo preguntar dónde estás y llegar por mi cuenta). 2. ¿Es mejor que coma algo en Tel Aviv antes de subir al autobús, o podemos comer juntos cuando llegue al kibutz? Sólo con la condición, por supuesto, de que eso no te cause ningún trastorno. 3. He comprobado que por la tarde hay un único autobús que sale de vuelta a Rehovot, desde donde puedo llegar en otro autobús a Tel Aviv y volver en un tercer autobús a Jerusalem. Pero en tal caso sólo contaremos con dos horas y media. ¿Será suficiente? 4. Si no,

¿podría quedarme a pasar la noche y ponerme en camino al día siguiente en el autobús que sale de Hulda a las siete de la mañana? En ese caso, con tres condiciones, a) que no te resulte difícil encontrarme un sitio para dormir (una cama sencilla. Y hasta un colchón me bastaría), b) que en el kibutz no lo vean mal, y c) que tú te sientas cómodo con una visita tan relativamente larga. Por favor, házmelo saber cuanto antes. 5. ¿Qué tengo que llevar además de mis objetos personales? (¿toalla? ¿Ropa de cama? ¡Nunca me he hospedado aún en un kibutz!). Por supuesto, las noticias (nada relevantes) te las contaré cuando nos veamos. Y también mis proyectos, si quieres oírlos. Y tú, si quieres, me podrás contar algunos de los tuyos. Espero que te encuentres bien de salud y que tu estado de ánimo también sea bueno. (¡Entre esas dos cosas hay una evidente relación!) En cuanto al resto, muy pronto, de viva voz. Con cariño, tuyo, papá.

Ese miércoles terminamos las clases a la una y pedí permiso para faltar a las dos horas de trabajo a las que estábamos obligados al mediodía, después de clase (entonces trabajaba en el gallinero). A pesar de eso, me fui corriendo directamente desde clase a ponerme la ropa de trabajo polvorienta y las botas de trabajo, me dirigí al garaje, encontré las llaves del Massey Ferguson escondidas debajo del asiento, arranqué rápidamente el tractor y con una nube de polvo llegué a la carrera a la estación dos minutos más tarde que el autobús de Tel Aviv. Mi padre, al que no veía desde hacía más de un año, ya estaba allí esperando, protegiéndose los ojos del sol con la mano y alerta para ver de dónde llegaba su ayuda. Iba vestido –algo que me dejó completamente estupefacto– con unos pantalones caqui, una camisa azul de manga corta y una gorra, sin vestigio alguno de chaqueta y corbata. De lejos, casi se parecía a uno de nuestros «viejos». Seguramente se había vestido así después de darle muchas vueltas, en señal de respeto hacia una civilización por la que, aunque no se regía de acuerdo a su espíritu ni a sus principios, aún sentía aprecio. En una mano, llevaba su ajada cartera y en la otra, tenía un pañuelo con el que se estaba secando la frente. Avancé con el tractor hacia él, frené casi delante de sus narices, me incliné hacia él con mi polvorienta ropa de trabajo azul oscuro y, desde mi asiento, con una mano en el volante y la otra apoyada con señorío sobre el tractor, dije: Hola. Él levanto los ojos hacia mí, aumentados por sus gafas como los de un niño asustado, y se apresuró a responder al saludo, aunque aún no me había reconocido del todo. O me había reconocido y estaba desconcertado.

Un momento después dijo:

–¿Eres tú?

Y un poco después:

–Cuánto has crecido. Se te ve más sano.

Y al final, cuando volvió en sí:

–Me permites que te diga que ha sido un poco imprudente por tu parte esta embestida. Podrías haberme atropellado.

Le pedí que esperara allí, a la sombra, no al sol, devolví el Massey Ferguson al cobertizo, ya que su pequeño papel en la función había concluido, y llevé a mi padre al comedor, entonces nos dimos cuenta de que casi era tan alto como él y nos quedamos algo desconcertados, mi padre dijo alguna gracia al respecto. Tocó con curiosidad mis músculos, como sopesando si valía la pena comprarme, y también bromeó sobre mi bronceado al lado de la blancura de su piel:

–¡Un negro zambo! ¡Un auténtico yemení!

En el comedor ya habían recogido casi todas las mesas, quedaba sólo una preparada, le llevé a mi padre pollo con zanahoria hervida y papas, y sopa de pollo con croutons. Comió cuidando al máximo las normas de educación y haciendo caso omiso de mi forma de comer, campesina y ruidosa a propósito. Cuando terminamos el té en tazas de plástico, mi padre inició una afable conversación con Zvi Butnik, uno de los veteranos de Hulda, que estaba con nosotros en la mesa. Mi padre se preocupó de no tocar ningún tema que pudiera suscitar controversias ideológicas; se interesó por saber de dónde era originario su interlocutor, y cuando Zvi contestó que procedía de Rumanía, la cara de mi padre se iluminó y empezó a hablar en un rumano que, tal y como salía de su boca, a Zvi le resultaba difícil de entender. Después pasó a hablar del paisaje de la llanura de Judea, de la profetisa Hulda y de las puertas de Hulda que estaban en el Templo, temas que consideraba fuera de cualquier controversia. Pero, antes de despedirnos de Zvi, mi padre no pudo reprimirse y preguntó si estaban contentos con su hijo. Si había conseguido aclimatarse. Zvi Butnik, que no tenía ni idea de si me había aclimatado a Hulda ni de cómo lo había hecho, dijo:

–¡Qué pregunta! Perfectamente.

Y mi padre añadió.

–Y por eso, de verdad, les doy las gracias a todos.

Cuando salimos del comedor no se apiadó de mí y siguió comentándole a Zvi, como alguien que va a recoger a su perro a una guardería canina:

–Lo dejé en sus manos algo decaído desde varios puntos de vista, y ahora me parece que no está en malas condiciones.

Me lo llevé a dar una vuelta por todo el kibutz. No me molesté en preguntarle si prefería descansar. No me molesté en ofrecerle una ducha fría o ir al servicio. Como el sargento mayor de una base de reclutas, hice correr a mi pobre padre, con la cara roja, jadeando, secándose continuamente el sudor con su pañuelo, del corral al gallinero y al establo, y de allí a la carpintería, a la cerrajería, al almacén de olivas, que estaba en la cima de la colina, y me pasé todo el tiempo explicándole sin parar los principios del kibutz la economía agrícola las ventajas del socialismo y la contribución del kibutz a las victorias militares de Israel. No le ahorré ningún detalle. Estaba dominado por un fuego didáctico y vengativo más fuerte que yo. No le dejé decir ni una palabra. Frustré sus intentos de plantear alguna pregunta: yo hablaba y hablaba y hablaba.

Desde las casas de los niños, lo arrastré, con las pocas fuerzas que le quedaban, a ver la zona de los veteranos, el consultorio médico y las aulas del colegio, hasta que, por fin, llegamos al centro cultural y a la biblioteca, donde nos encontramos con Sheftel, el bibliotecario, el padre de Nilli, la que se convertiría en mi mujer unos años más tarde. El bueno y sonriente de Sheftel estaba sentado, vestido con ropa de trabajo azul, tarareando alguna canción jasídica y escribiendo algo a máquina con dos dedos, en una hoja sobre papel carbón. Como un pez agonizante al que en el último momento devuelven milagrosamente al agua, mi padre, desfallecido de tanto calor y polvo, prácticamente exánime a causa de todo aquel olor a estiércol y a forraje, se despertó: la visión de los libros y del bibliotecario lo devolvió a la vida en un instante, y enseguida empezó a hablar y a opinar.

Unos diez minutos estuvieron charlando, los dos, los futuros consuegros, de lo que suelen hablar los bibliotecarios entre ellos. Luego, cuando a Sheftel lo venció la timidez, mi padre lo dejó y fue a echar un vistazo a la disposición de la biblioteca y sus fondos, como un avispa estratega que observa con atención las maniobras de un ejército extranjero.

Después, mi padre y yo seguimos paseando un rato más. Nos invitaron a café y bizcocho en casa de Hanka y Ozer Huldai, quienes se prestaron a ser mi familia durante mi juventud en el kibutz. Allí, mi padre exhibió sus profundos conocimientos de literatura polaca y, tras examinar por un instante su estantería de libros, inició con ellos una animada conversación en polaco, él citó a Julian Tuwin y Hanka le respondió citando a Slovatzky, él mencionó a Mickiewicz y ellos le respondieron con Iwaszkiewicz, recordó el nombre de Reymont y le respondieron con Vispiansky. Como caminando de puntillas hablaba mi padre con la gente del kibutz: como cuidándose mucho de que no se le escapara por error algo terrible y espantoso de consecuencias irreparables. Les hablaba con delicadeza, como si considerara su socialismo una enfermedad incurable, cuya gravedad los desafortunados afectados no podían imaginar, y él, el huésped que lo sabía, debía cuidarse muy mucho de no decir por error alguna palabra que les abriera los ojos y les hiciera ver la dimensión de su tragedia.

Así, procuró mostrar en presencia de los miembros del kibutz Hulda un remarcado entusiasmo por lo que veía, demostró un respetuoso interés, hizo preguntas («¿Cuál es la situación de sus cosechas? ¿Cómo va la explotación ganadera?») y volvió a mostrar entusiasmo. No vertió sobre ellos sus ríos de erudición y apenas hizo juegos de palabras. Se contuvo. Tal vez, temía perjudicarme.

Pero al atardecer lo invadió cierta melancolía. Era como si, de pronto, se hubieran agotado sus bromas y la fuente de sus anécdotas se hubiese secado. Me pidió que nos sentásemos un rato en un banco a la sombra, detrás del centro cultural, y esperásemos juntos la puesta de sol. Con el ocaso se calló y permanecimos sentados el uno al lado del otro en silencio. Mi brazo bronceado, que ya tenía vello rubio, descansaba sobre el respaldo del banco cerca del brazo pálido de mi padre cubierto de pelo negro. En esa ocasión, mi padre no me llamó Su Excelencia ni Su Alteza y tampoco se comportó como si recayera sobre sus hombros la urgente

obligación de acabar con cualquier silencio. Mi padre me parecía tan desconcertado y triste que estuve a punto de tocarle la espalda. Pero no lo hice. Pensé que intentaba decirme algo, algo importante e incluso urgente, y no conseguía arrancar. Por primera vez en mi vida me pareció que mi padre se cohibía delante de mí. Quise ayudarlo, tal vez romper el hielo, pero me reprimí como él. Al final, de pronto dijo:

–Aquí estamos.

Y yo repetí lo mismo:

–Aquí estamos.

Y nos callamos de nuevo. De pronto me acordé del huerto que él y yo intentamos cultivar en la tierra de cemento de nuestro patio en Kerem Abraham. Recordé el abrecartas y el martillo que utilizó como utensilios agrícolas. Los gajos que trajo de la Casa de las Pioneras o de la Finca de las trabajadoras y que plantó por la noche a mis espaldas para consolarme por el fracaso de nuestros bancales.

Mi padre me trajo de regalo dos de sus libros: en la primera página de *La novela en la literatura hebrea* me había escrito la dedicatoria: «A un hijo avicultor, de un padre bibliotecario (en el pasado)», mientras que la *Historia de la literatura universal* me la dedicó con unas palabras en las que posiblemente había un oculto reproche y cierta desilusión: «Para mi hijo Amós, con la esperanza de que ocupe un lugar en nuestra literatura».

Aquella noche dormimos, mi padre y yo, en una habitación para los niños que estaba libre y en la que había dos camas individuales y un armario con una cortina para la ropa. Nos desnudamos a oscuras y, también a oscuras, hablamos unos diez minutos: de la OTAN. De la guerra fría. Después nos deseamos buenas noches y nos dimos la espalda, y tal vez también a mi padre, como a mí, le costase conciliar el sueño. Hacía varios años que él y yo no dormíamos en la misma habitación. Su respiración era forzada, como si le faltase el aire o respirase por la boca con los dientes apretados. Desde la muerte de mi madre no habíamos dormido juntos: desde esos últimos días en que ella se trasladó a mi habitación y yo huí de ella y me fui a dormir con él a la cama de matrimonio. Y desde las primeras noches tras su muerte,

aquellas noches en que mi padre tuvo que venir a dormir sobre un colchón a mi cuarto porque yo estaba aterrado.

También en esa ocasión hubo un momento aterrador: a las dos o las tres me desperté sobresaltado, a la luz de la luna me pareció, de pronto, que la cama de mi padre estaba vacía, que en silencio había tomado una silla y que llevaba toda la noche en esa silla junto a la ventana sin moverse, con los ojos abiertos, mirando la luna fijamente o contando las nubes que pasaban. La sangre se me heló en la venas.

Pero mi padre estaba durmiendo profunda y placenteramente en la cama que le había preparado, y aquello que me parecía que estaba sentado en la silla frente a la luna, con los ojos abiertos y en silencio, no era mi padre ni un fantasma, era tan sólo su ropa, los pantalones caqui y la sencilla camisa azul que había elegido a conciencia para no parecerles un presumido a los miembros del kibutz. Para no herir sus sentimientos.

A comienzos de los años sesenta, mi padre volvió con su mujer y sus hijos de Londres a Jerusalem. Se instalaron en el barrio de Bet Hakerem. Mi padre reanudó su trabajo en la Biblioteca Nacional, ya no en la hemeroteca sino en el centro bibliográfico que se inauguró por aquella época. Ahora que por fin tenía un doctorado de la Universidad de Londres y una bonita y discreta tarjeta de visita que así lo atestiguaba, volvió a intentar conseguir un puesto de profesor, si no en la Universidad Hebrea de Jerusalem, la fortaleza de su difunto tío, tal vez al menos en una de las nuevas universidades. Tel Aviv. Haifa. Beer Sheva. Probó suerte incluso en la universidad religiosa de Bar Ilán, a pesar de que se consideraba un anticlerical convencido.

En vano.

Tenía más de cincuenta años, era demasiado mayor para convertirse en ayudante o contratado y poco apreciado por los círculos de investigadores como para conseguir una alta posición académica. No lo querían en ningún sitio. Por aquella época, también decayó sorprendentemente el prestigio del profesor Yosef Klausner. Todos los famosos estudios del tío Yosef sobre literatura hebrea se consideraban en los años sesenta anticuados e incluso algo ingenuos. En el relato *Por siempre*, escribió Agnón:

Veinte años pasó Adiel Amzeh dedicado al estudio de los misterios de Gumlidata, una gran ciudad, orgullo de poderosos pueblos, hasta que cayeron sobre ella las hordas de los bárbaros y la redujeron a polvo y a su población a la esclavitud...

Durante los años que se había dedicado a su trabajo no se había dejado ver ante los eruditos de las universidades, ni ante sus mujeres e hijas, y cuando fue a pedirles un favor, de los ojos de esos doctores salió una fría ira que hizo brillar sus lentes. Y le dijeron algo así: Señor, ¿quién es usted?, no lo conocemos. Se encogió de hombros y se fue decepcionado. Sin embargo lo ocurrido no fue en vano, pues aprendió que si uno quiere que lo conozcan tiene que acercarse a los demás. Pero no sabía cómo acercarse...¹¹⁸

Mi padre tampoco aprendió nunca «cómo acercarse», a pesar de que durante toda su vida intentó hacerlo con todas sus fuerzas: con bromas y palabras mordaces, con su disposición a ayudar en cualquier tarea sin echar nada en cara, con la exhibición de sus conocimientos y con juegos de palabras. Nunca supo adular ni unirse a los grupos de poder o a las cortes académicas de devotos, no fue el escudero de nadie y no escribió elogios ni alabanzas salvo a los muertos.

Al final, al parecer, aceptó su destino. Unos diez años más continuó yendo cada día, con el ánimo decaído, al cuartucho sin ventanas del instituto bibliográfico del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional en Guivat Ram y recopilando notas al pie. Cuando volvía de trabajar, se instalaba en su escritorio y escribía distintas entradas para la Enciclopedia Judaica que se estaba realizando por entonces, donde se ocupó de lo concerniente a la literatura polaca y lituana. Poco a poco empezó a transformar los capítulos de su tesis doctoral sobre Y. L. Peretz en artículos que fue publicando en *Yad Lakore* y *Kiriat Sefer*, y una o dos veces consiguió que sus textos se publicasen en francés en *Revue des Études Slaves*, que se editaba en París. Entre las separatas que guardo aquí en casa, en Arad, encontré algunos artículos sobre Saúl Tchernijovsky («El poeta en su patria»), sobre Emanuel Romano, sobre *Dafnis y Cloe* de Longo, y también un artículo titulado «Capítulos de Mendele», que mi padre dedicó A la memoria de mi mujer, delicada y exquisita, que me dejó el ocho de tevet de 5712.

¹¹⁸ N. del A.: S. Y. Agnón, *Para siempre*, en *El fuego y los árboles*, *Obras completas de S. Y. Agnón*, vol. VIII, Schocken, Jerusalén y Tel Aviv 1962, págs. 315-334.

En el año '60, unos días antes de nuestro matrimonio, de Nilli y mío, mi padre tuvo su primer ataque al corazón, por lo que no pudo asistir a la boda, que se celebró en Hulda bajo un palio sostenido por las púas de cuatro horcas. (En Hulda existía la tradición de apoyar el palio en dos fusiles y dos horcas, para simbolizar la unión entre trabajo, defensa y kibutz. Nilli y yo armamos un gran escándalo al negarnos a casarnos a la sombra de los fusiles. En la asamblea del kibutz, Zalman P. me llamó «alma bella», mientras que Zvi K. me preguntó con ironía si también en la unidad donde había hecho el servicio militar me permitían salir a patrullar y a inspeccionar armado con una horca, o con una escoba.)

Dos o tres semanas después de la boda mi padre se recuperó del ataque, pero ya no parecía el mismo: estaba gris y cansado. Desde mediados de los años sesenta su alegría se fue apagando poco a poco. Aún se levantaba temprano cada mañana con energía y con ganas de trabajar, pero por la tarde la cabeza se le caía sobre el pecho de cansancio y al anochecer se echaba a descansar. Después toda su energía desaparecía ya al mediodía. Al final, sólo le quedaban las dos o tres primeras horas de la mañana, tras las cuales se ponía gris y se apagaba.

Aún le gustaban los calambures y los juegos de palabras, aún le gustaba explicar que *berez*, canilla, procedía probablemente de la palabra griega *vrisi*, que significa fuente, y que nuestro *majsan*, almacén, así como *magazine*, vienen de la palabra árabe *majzan*, el lugar donde se amontonan diversos objetos, mientras que el arquetipo de esa palabra es la raíz semítica j.s.n., es decir, *jason*, fuerte. Por lo que respecta a *balagan*, desorden, una palabra que consideramos por error evidentemente rusa, lo cierto es que su origen no es ruso sino persa, y procede de la palabra *balaqan*, la terraza trasera descuidada donde se arrojan en desorden todo tipo de trapos inútiles, y de ahí procede también la palabra balcón, utilizada en la mayoría de las lenguas europeas.

Se repetía cada vez más: a pesar de su buena memoria, a veces contaba la misma «broma» dos veces en la misma conversación, o volvía a explicar lo que ya había explicado antes una o dos veces. Estaba cansado y encogido, y le costaba concentrarse. En 1968, cuando se publicó mi libro *Mi querido Mijael*, lo leyó en unos días y después me telefoneó a Hulda para decirme: «Hay algunas descripciones bastantes convincentes, pero falta una chispa de inspiración, falta una idea central».

Y cuando le mandé la separata de mi relato *Amor tardío*, me escribió una carta donde expresaba su alegría

...porque vuestras hijas valgan tanto, y sobre todo, porque pronto nos veremos... En cuanto al relato: no está mal. Lo cierto es que, excepto el protagonista, todos los personajes, en mi modesta opinión, son caricaturas, pero el protagonista, con toda la repulsión y la guasa que inspira, está vivo. Algunas observaciones: 1. Pág. 3: «todos los ríos de las galaxias». Galaxia, del griego *gala* (=leche), y de ahí, «vía láctea». ¡Es mejor en singular! En mi modesta opinión, no hay fundamento alguno para usar el plural. 2. Pág. 3 (y ss.): Liuba Kagnovska es la forma *polaca*. ¡En ruso debe ser Kagnovskia! 3. En la pág. 7 pone: Viazhma. Debe ser: Viazma (¡sin h!).

Y así toda la carta hasta la observación número 23, tras la cual no le quedó más que medio centímetro en un ángulo del folio donde sólo pudo concluir con «un saludo de parte de todos. Papá».

Pero al cabo de unos años, Hayim Toren me reveló: «Tu padre corría por las salas de la Biblioteca Nacional, exultante, enseñándonos a todos discretamente lo que había escrito Gershon Shaked sobre *Las tierras del chacal* y cómo había elogiado Abraham Shaa nan *Otro lugar*, y una vez me explicó furioso lo ciego que había estado el profesor Kurzweil al criticar *Mi querido Mijael*. Creo que hasta telefoneó especialmente a Agnón para quejarse del artículo de Kurzweil. Tu padre estaba orgulloso de ti a su manera, aunque le resultaba embarazoso decírtelo, y tal vez también le preocupara que te vanagloriases».

En su último año de vida se encorvó. Tenía turbulentos ataques de ira, gritaba a diestra y siniestra, lanzaba reproches y acusaciones y se encerraba dando un portazo en su estudio. Pero al cabo de cinco o diez minutos salía, se disculpaba por su comportamiento, que achacaba a su deteriorada salud, al cansancio, a los nervios, y pedía humildemente que le perdonasen por lo que había dicho llevado por la furia, de un modo tan poco justo y tan poco razonable.

Las palabras «justo y razonable» eran tan habituales en él como las palabras «evidente», «efectivamente», «sin duda», «por supuesto» y «desde varios puntos de vista».

Por aquella época, la época de la enfermedad de mi padre, el abuelo Alexander, con noventa años, en pleno esplendor físico y en pleno florecimiento romántico, sonrosado como un recién nacido, fresco como un joven esposo, se pasaba el día yendo y viniendo, y vociferando: «¡Bueno, *shto!*» o: «*Paskudniakin! Yulikum! ¡Granujas!*». O: «¡Bueno, *davai! Jarosho! ¡Ya basta!*». Las mujeres lo acosaban. Con frecuencia, incluso por la mañana, se tomaba un «coñacito», y al instante su cara sonrosada se ponía roja como un tomate. Cuando mi abuelo y mi padre estaban hablando en el patio, o paseando por la acera delante de la casa y discutiendo, a juzgar por sus gestos, el abuelo Alexander parecía mucho más joven que su hijo. Vivió unos cuarenta años más que su primogénito, David, y que su primer nieto, Daniel Klausner, que fue asesinado en Vilna por los alemanes, unos veinte años más que su mujer y otros siete más que su hijo pequeño.

Un día, el 11 de octubre de 1970, unas cuatro semanas después de haber cumplido sesenta años, mi padre se levantó temprano como de costumbre, mucho antes que el resto de la familia, se afeitó, se perfumó, se humedeció un poco el pelo antes de peinárselo hacia atrás, se comió un pancito con manteca, se tomó dos vasos de té, leyó el periódico, suspiró varias veces, echó un vistazo a la agenda, que estaba siempre abierta en su escritorio para poder tachar con una raya todo lo que ya estaba hecho, se puso una corbata y una chaqueta, hizo una pequeña lista de la compra y se fue en coche hacia la plaza de Dinamarca, en el cruce de la avenida Herzl y la calle Bet Hakerem, para comprar material de escritorio en una pequeña tienda donde solía adquirir todo lo que necesitaba. Estacionó y cerró el coche, bajó cinco o seis escalones, esperó su turno, incluso le cedió amablemente el paso a una señora, compró todo lo que llevaba escrito en la nota, bromeó con la dueña de la tienda diciéndole que la palabra *mehadeq* era tanto un sustantivo, que significa «clip», como un verbo, que significa «sujetar»; también le comentó algo sobre la negligencia del ayuntamiento, pagó, esperó el cambio, lo contó bien, tomó la bolsa con las compras, le dio las gracias a la señora, le pidió que no olvidara saludar de su parte a su querido marido, se despidió, le deseó que pasara un buen día, les dijo adiós también a dos desconocidos que estaban esperando detrás de él, se dio la vuelta, caminó hasta la puerta, cayó y murió allí mismo de un ataque al corazón. Mi padre dejó dicho que su cuerpo se donara a la ciencia y su escritorio me lo dejó a mí. En él se están escribiendo estas páginas, y sin una sola lágrima, pues mi padre se oponía radicalmente a las lágrimas, y ante todo, a las lágrimas de los hombres.

En su agenda, en la fecha de su muerte, encontré escrito lo siguiente: «Material de escritorio: 1. Papel de cartas. 2. Un cuaderno con espiral. 3. Sobres. 4. Clips. 5. Preguntar por carpetas de cartón». Todo eso, incluidas las carpetas de cartón, estaba en la bolsa que sus dedos no habían soltado. Cuando llegué a la casa de mi padre en Jerusalem, al cabo de una hora u hora y media, tomé su lapicera y tracé dos cruces sobre esa lista, como solía hacer mi padre para tachar de inmediato de la agenda todo lo que ya estaba hecho.